

XILOCA 22
págs. 269-295
1998
ISSN: 0214-1175

EL POYO DEL CID

Ángel Alcañiz Gutierrez
M^a Carmen Layunta Layunta

Pudo deberse a la fácil defensa que constituían los restos que hoy pueden contemplarse del antiguo asentamiento romano de San Esteban, ubicado entre el cerro de este nombre y el de Valdellosa, lo que motivó que Rodrigo Díaz de Vivar, *Mío Cid Campeador*, acampará con sus huestes en las inmediaciones de El Poyo. Eran sobre siete mil hombres armados, y durante quince semanas combatirían, tomando a esta localidad como base de sus operaciones, a los reyezuelos árabes de las comarcas vecinas de Albarracín, Daroca y Molina, llegando en sus incursiones, incluso, hasta la ciudad de Tortosa. Todos ellos le fueron sometiendo sucesivamente vasallaje, obligándose a pagarle diezmos y primicias. Esto tuvo lugar en la primavera y verano del año del Señor de 1089, y fue el punto de partida, tras la famosa batalla de Tebar en la que derrotó al conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, de los inicios de la reconquista de la costa levantina.

Este hecho, recogido en los anales de la Historia de Aragón y de la Historia de España, pasó versificado a la literatura popular en el famoso *Cantar de Mío Cid*, y marcó todo un hito en la historia de esta localidad ribereña del Jiloca, hasta el punto de hacerle cambiar su nombre con la incorporación del apodo del célebre guerrero castellano, para quedar ya para siempre como El Poyo del Cid.

Han sido varias las adversidades sufridas a lo largo de los siglos por sus moradores, entre ellas las frecuentes guerras fronterizas con Castilla, que dejaron escrito aquello de que “hubieron de refugiarse en el cortijo de Santa María y a tal extremo de miseria y ruina quedó reducida la aldea ... que el rey la eximió del pago de peyta y tributos de toda clase, durante seis años, a condición de reparar lo derruido”. Todos estos inconvenientes padecidos a lo largo de los siglos, han marcado el carácter de los vecinos de El Poyo del Cid, que constituye hoy una localidad ejemplar por su agudo ingenio y por su unidad vecinal.

Pioneros en la adaptación de mejoras agrícolas, su tradicional medio de subsistencia, puede decirse que a su iniciativa se debieron las primeras perforaciones para obtener agua de riego en la provincia a comienzos de siglo; las canalizaciones de las acequias para evitar pérdidas de agua fueron acometidas también con gran prontitud y esmero; como antecedente de los actuales seguros agropecuarios, crearon una comunidad entre los vaqueros de la localidad para asistir económicamente a quienes perdiesen accidentalmente las reses, montepío que estuvo en funcionamiento hasta que desaparecieron este tipo de explotaciones ganaderas. Los poyeros, pues con tal nombre son conocidos en la comarca los moradores y naturales de la localidad, son conscientes de estas virtudes, hacen uso de ellas, y están bien concienciados para conservarlas.

Hoy, este más o menos brillante pasado y esta peculiar idiosincrasia local se ven ensombrecidos por la falta de independencia municipal tras su adscripción, en 1971, al Ayuntamiento de Calamocha, existiendo un fuerte sentimiento popular para tratar de recuperar la autonomía administrativa, por el legítimo orgullo que tal hecho comporta, y por el propio carácter laborioso y emprendedor que siempre han mostrado los vecinos de El Poyo del Cid.

SITUACIÓN, EXTENSIÓN Y RIQUEZA

A 5 kilómetros de Calamocha y 69 de Teruel, El Poyo se encuentra a 911 metros de altitud, y su término dispone de 2.408 hectáreas, algunas de ellas húmedas y pantanosas. El núcleo urbano se asienta en la ribera izquierda del Jiloca, a la falda del cerro de San Esteban, a un kilómetro de la carretera Sagunto-Burgos, en las inmediaciones del monte de Valdellosa que, con sus 1.229 metros de altitud, es uno de los techos principales del valle, desde donde se divisan hasta treinta y dos pueblos y los días de mayor claridad, hasta la cumbre del Moncayo; en su cima hay instalada una torre para el control de los incendios.

Cuenta con una tupida red de caminos vecinales, generalmente en buenas condiciones, que lo unen con los pueblos vecinos de Calamocha, Fuentes Claras y Bañón, o que le dan acceso al Campo de Bello. Sus denominaciones varían según al lugar que se dirijan, o reciben curiosos nombres que evocan vivencias del pasado, como la Senda de los Frailes, por donde debían de venir al pueblo desde el pequeño convento de la partida de El Lavador en sus ejercicios piadosos, el camino de Berenguer que da acceso a la partida con una fuente natural del mismo nombre, sin duda recordando la batalla que allí libró para su desgracia este noble catalán con el Cid Campeador; otros nombres aluden al santoral como los caminos de San Antonio, San Pascual, de la Virgen, etc. Y entre la rica toponimia local, destacan las parideras de El Arriero, Parrilla, Casa Alta, Casa Baja, El Ojillo, Raso, Vega Monenillo, Prao, Hoyos, Las Acequias, etc.

En la actualidad El Poyo del Cid tiene 277 habitantes, aunque a comienzos de siglo eran 707, que llegaron a 823 hacia la mitad de la centuria. Cuando en 1971 tuvo lugar la anexión a Calamocha eran 510 vecinos. Dispone de escuela pública, cuyo edificio fue inaugurado el 10 de mayo de 1989, a la que asisten 13 alumnos este curso, atendidos por una profesora que depende del CRA del Campo de Bello.

Otros edificios de construcción reciente son el centro social, ubicado en el antiguo Horno y que da cabida a los despachos del ayuntamiento y de otras asociaciones. Sobre el viejo ayuntamiento hoy encontramos el hogar del pensionista, el consultorio médico y un salón de reuniones. Las antiguas casas de los maestros fueron reconvertidas en el bar, centro de reunión de la juventud de la localidad, y en el consultorio del ATS. Dispone además de un pabellón multiusos, y conserva, aunque en pésimo estado, el apeadero y la casa del ferroviario, junto a la desmantelada vía del tren Caminreal-Calatayud. Sin olvidar tres interesantes palomares de propiedad privada que destacan sobre el horizonte urbano, uno de ellos algo deteriorado, y que pertenecieron antaño a familias acomodadas.

Entre las agrupaciones que hoy existen en El Poyo, destacar la Asociación de la tercera edad "San Esteban", la asociación de amas de casa "Virgen del Moral", la importante sociedad de cazadores "Coto Valdellosa", la Comunidad de Regantes y la



Uno de los tres palomares que destacan en el horizonte (Foto A. Alcañiz).

Sociedad de Riegos. Con motivo del IX Centenario de la muerte del Cid, la asociación cultural "Mío Cid" pretende participar en los actos que se organicen en este aniversario, fomentando la creación de lo que podría llamarse la Ruta de Mío Cid, organizar torneos y cenas medievales, y otras actividades.

Al referirse a El Poyo el *Diccionario Geográfico* de Pascual Madoz recuerda el cultivo del cáñamo, hoy desaparecido, así como los dos montes poblados de rebollos, chaparros y estepas. En la actualidad la economía local se ha visto afectada de forma negativa en las últimas décadas por la desaparición de cultivos como la remolacha, la vid y el azafrán, cultivos que durante años han rendido buenos beneficios. Adversidades que, unidas a una falta de alternativas, han originado junto a otras causas el fuerte descenso demográfico y, lo que todavía es peor, mirar con pesimismo el futuro. Hoy los cultivos predominantes son el cereal y los de huerta. Y en cuanto a la ganadería, tras desaparecer las explotaciones de ganado vacuno, se mantiene el lanar en régimen de pastoreo, así como el de cerda, que por cierto atraviesa en la actualidad por una grave crisis. Destacar, de todas formas, la presencia de la cooperativa "Esperanza del Jiloca", la popular CEJI, de carácter agrícola y ganadero, que lleva idea de extender sus actividades a otros aspectos agroalimentarios, y que es todo un ejemplo de cooperativismo comarcal, aglutinando en su seno a un buen número de socios de toda la zona del Jiloca.

EL LAVADERO Y LAS MINAS

Recientemente estudiados en las páginas de las publicaciones del Centro de Estudios del Jiloca, el antiguo lavadero de lanas y las minas de hierro tuvieron una gran importancia económica en la vida de la localidad y aun de la comarca. Mencionado ya en el citado *Diccionario geográfico de Madoz*, el lavadero de lanas ha merecido un documentado estudio de Emilio Benedicto¹, en el que queda de relieve la importancia de esta explotación industrial construida entre los siglos XVI y XVII, y que funcionó hasta bien entrado el XIX, llegaron a trabajar en los momentos de mayor esplendor hasta cien personas entre administradores y operarios. Perteneció en un principio a la familia infanzona de los Lapuente, en 1669 se vendió a Apolonia Clavería, esposa del mercader francés Juan del Rey, cuyos descendientes lo siguieron explotando hasta su cierre. Todavía hoy quedan restos de este lavadero en el camino a Fuentes Claras.

Bajo la dirección de Chabier de Jaime², un grupo de alumnos del Instituto de Bachillerato "Valle del Jiloca" han recogido información sobre la explotación del yacimiento de hierro ubicado en el monte Valdellosa, desde finales del pasado siglo hasta

1. BENEDICTO GIMENO, E. (1997): La crisis del siglo XVII en las tierras del Jiloca. Transformaciones sociales e innovaciones económicas en la localidad de Calamocha. Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 197 pp.

2. JAIME LORÉN, CH.; ESCURA LÁZARO, A.; MUÑOZ BERNÚS, S.; SÁNCHEZ SANCHO, J.; SEBASTIÁN HERNÁNDEZ, A.; SEBASTIÁN CHECA, S.; SIMÓN MARTÍN, P. (1998): Las minas de hierro de El Poyo del Cid. Xiloca, 19, 229-238. Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

1920. Se trataba de cinco pozos de los que destacaban por su profundidad los conocidos como del Carmen y de La Caseta. La financiación corrió a cargo de las familias Rivera, de Calamocha, y Beltrán, de El Poyo. Hacia 1945 se intentaron reanudar las extracciones, pero la falta de rentabilidad económica de nuevo frustró el intento.

FUENTES NATURALES Y POZOS

El término municipal es atravesado por el río Jiloca, en cuyas inmediaciones aparecen numerosos manantiales naturales, lo que se ha aprovechado para perforar nuevos pozos. Pese a esta abundancia de agua, las acequias y canalizaciones están muy cuidadas, hoy prácticamente todas son de cemento, lo que evita pérdidas de agua.

La compleja red de riego, en varias partidas compartida con Fuentes Claras por medio de originales y curiosos acuerdos de fechas y de otras circunstancias, se rige



Fuente de Berenguer donde, dice la tradición, lavó a sus heridas el conde (Foto A. Alcañiz).

por una única Comunidad de Regantes, de la que a su vez dependen los diferentes pozos de riego. Estos comenzaron a construirse en la década de los cuarenta, a raíz de la implantación de la Azucarera de Santa Eulalia, con el objeto de extender el cultivo de la remolacha por los poyos de El Tomillar, Porvenir, Campeón, Voluntario y Ojillo. Cada uno de ellos bajo el control de una sociedad compuesta por los agricultores que se benefician de sus aguas.

Sobre los riegos compartidos con Fuentes Claras, destaca el del manantial de Los Ojos, cuya comunidad forman labradores de ambas localidades que regulan su explotación no sin cierta polémica. Para el de La Hilería, los de El Poyo disponen para el riego martes, jueves, viernes, sábados y domingos por la mañana, mientras que los de Fuentes Claras tienen reservados lunes, miércoles y domingos por la tarde. Los riegos nocturnos de abril se comparten doce noches en bloques de cuatro para El Poyo, y el resto para Fuentes Claras; y aquéllos dejan luego de regar hasta San Juan. En el pozo de la Aceicueta los de El Poyo riegan de lunes a jueves, y sus vecinos de viernes a domingo.

Entre los manantiales del término, recordar la citada fuente de Berenguer, donde la tradición quiere que lavara allí sus heridas este conde de Barcelona tras la derrota que sufrió en las inmediaciones a manos del Cid; las de La Gota, La Navaza, Del Bao, aparte de las de El Lavador y El Palomar, que abastecen el agua de boca de la localidad, o la de Juan el Herrero, que lleva el agua hasta Calamocha. Otras fuentes, ya en el monte y a veces secas, son las de Zueca, Aguayadoras o del Calderillo.

DATOS DE SU HISTORIA

Al parecer la denominación Poyo procede del latín *podium*, topónimo que hace alusión a su situación natural entre dos cerros. En el de San Esteban se localiza un yacimiento arqueológico de un asentamiento de origen celtíbero que perduró hasta la época de los emperadores romanos Nerón y Claudio. Algunos autores lo identifican con la ciudad imperial de Leonica.

En la etapa medieval, ya con la actual denominación de El Poyo, aparece como un avanzado centro de observación donde se fortificó el Cid Campeador para combatir a los musulmanes preparando su marcha al Reino de Valencia. En sus proximidades tuvo lugar la batalla de Tebar del Pinar, descrita en la Historia Roderici, donde se define a nuestra localidad como lugar "maravilloso e gran". Cuando trata de este asunto, el polígrafo Menéndez Pidal señala que en el cerro de San Esteban hacía unos veinte años se habían buscado tesoros, hallándolos a siete metros de profundidad. Por todo esto, en 1954, siendo alcalde Francisco Soler Romeo, se varió la denominación del municipio para quedar definitivamente como El Poyo del Cid.

En 1205 la aldea pertenecía a la iglesia de San Miguel de Daroca, a la que pagaba las correspondientes colaciones eclesiásticas. Todavía algunos años de los siglos XVIII y XIX pagó, junto a Fuentes Claras, décimas y colaciones al convento de religiosas de Jerusalén de Zaragoza.

Junto a los castillos de Singra, Monreal, Pancrudo, Báguena y Burbáguena, las fortificaciones de El Poyo formaban una segunda línea defensiva del Reino de



Retablo gótico de San Juan Bautista s. XV (Foto E. Bujeda).

Aragón frente al de Castilla. En la guerra con este reino a fines del siglo XIII, la aldea fue destruida y sus habitantes debieron refugiarse en una masía próxima. La reparación de las fortificaciones se concluyó en 1404, tal como señala la documentación de la Comunidad.

Durante la Guerra de Sucesión, el 16 de diciembre de 1706, junto al monte de Valdellosa tuvo lugar el encuentro entre las tropas del futuro Felipe V al mando del mariscal Miguel Pons y las del archiduque Carlos a las órdenes del conde de la Puebla, quienes quedaron vencedores en el encuentro, en el que resultó muerto el capitán del pretendiente borbón. Hasta 1711 la aldea perteneció a la sesma del Río Jiloca de la Comunidad de Daroca, era lugar en 1785, y dispuso de ayuntamiento propio desde 1834.



Altar principal de San Juan Bautista, de estilo rococó, s. XVIII (Foto E. Bujeda).

Según la voz popular, también tuvieron lugar algunos enfrentamientos durante las guerras carlistas, en los cuales se dañaría el edificio de un pequeño convento franciscano en la partida de El Lavador, sobre cuyas ruinas situó su cuartel en la localidad el ejército de Franco en la pasada contienda civil.

Ya a finales de 1971 se formalizó la adhesión administrativa del municipio de El Poyo del Cid al de Calamocha, por el que se recibiría una cantidad de dinero para mejoras en la localidad. La corporación era presidida por Simón Parrilla, y formaban también parte los concejales Luciano Sánchez, Florencio Lázaro y Agustín Sánchez, entre otros.

EL YACIMIENTO DEL CERRO DE SAN ESTEBAN

En las proximidades de la población se encuentra el asentamiento celtíbero ya citado, que perduró hasta la época romana. Se extiende por la cumbre y una parte de las laderas del cerro de San Esteban, sobre una superficie aproximada de 10 hectáreas. Es sin duda uno de los más interesantes de todo Aragón, mas, a pesar de ser bien conocido de antiguo, apenas se han realizado sobre él pequeñas catas y sondeos para averiguar su estructura y cronología.

Ya en 1921 Ramón Menéndez Pidal indicaba su existencia y los expolios que debió de sufrir en décadas anteriores, pero fue en 1957 Purificación Atrián quien llevo a cabo la primera prospección arqueológica importante, continuada entre 1976 y 1978 por Francisco Burillo. Lamentablemente, en 1992 se denegaron desde Za-



Iglesia parroquial de San Juan Bautista, s. XVIII (Foto A. Alcañiz).

ragoza las ayudas económicas para proseguir las excavaciones, con el consiguiente riesgo de acciones desaprensivas de los buscadores de monedas y de metales.

Sobre los restos que actualmente pueden contemplarse en este yacimiento, señalar que pueden apreciarse hasta 1.456 metros de muralla, de un metro de altura y cuatro de grosor algo irregular, e incluso la presencia de ocho torreones externos de planta cuadrangular, más otro interno. En las inmediaciones ha aparecido gran cantidad de cerámica celtíbera y romana, así como restos óseos, bronce, hierros y vidrios, aparte de buen número de monedas que indican las importantes relaciones comerciales que tuvieron lugar en este asentamiento.

En nuestra opinión, el abandono que sufre este yacimiento es una de tantas asignaturas pendientes que tiene la comarca del Jiloca con su historia. Urge un plan de conservación y de protección; en este sentido recientemente se ha denunciado la construcción por parte del Ayuntamiento de Calamocha de un camino en el cerro de San Esteban que, al parecer, ha destruido una parte de la muralla. Por otro lado se precisa un estudio más amplio y profundo de las características de los lienzos de la muralla así como de los materiales extraídos, el vallado de las zonas más delicadas, o destacar convenientemente con paneles y rótulos la importancia del asentamiento. En fin, se trataría de estudiar la posibilidad de crear un foco de atracción turística junto al yacimiento de La Caridad de Caminreal, los puentes romanos de Luco y de Calamocha, con el necesario complemento de un museo comarcal en el que se expondrían una parte de los materiales que han salido de estos importantes núcleos urbanos de la antigüedad.

Todavía existe otro yacimiento en la partida de El Molino, cerca de la ermita de la Virgen del Moral, donde han aparecido fragmentos de cerámica y de metal de las épocas ibérica y medieval. También en las Lomas Altas, cerca de la fuente de La Gota y del peirón de San Antonio, puede apreciarse un tramo de calle empedrado, posiblemente de la etapa musulmana.

MONUMENTOS

Sin duda, la obra más importante es la iglesia parroquial dedicada a San Juan Bautista, que fue bendecida el 16 de enero de 1735. Es de mampostería, tiene tres naves con coro alto y portada barroca, con la torre al pie de planta cuadrangular. El altar principal está dedicado al titular de la parroquia, es de estilo rococó del siglo XVIII, completado con numerosas imágenes. Destaca igualmente el retablo gótico de San Juan Bautista, del siglo XV, el renacentista de San Roque del XVI, diversos lienzos barrocos, la imagen de la Virgen y el Niño, del XVI, la de la Virgen del Pilar, de San Antonio, la Inmaculada Concepción, así como la pila bautismal y algunas piezas de orfebrería de los siglos XVII y XVIII.

De todas formas la pieza más valiosa es la imagen de la patrona, la Virgen del Moral, gótica del siglo XIV, aunque la cabeza parece de otro periodo, fue traída por los templarios. Ha sido restaurada en los talleres de la archidiócesis de Zaragoza por el sacerdote D. Felipe Cervera Vallespí, se iniciaron los trabajos el 21 de noviembre de 1994 y se concluyeron el 16 de enero de 1996. El importe de la restauración,



Imagen de la Virgen del Moral antes de su restauración. Traída por los templarios en 1320
(Foto E. Bujeda).

480.000 pesetas, se afrontó a partes iguales entre los vecinos y la diócesis. Lo más sustancial de los trabajos consistió en la reparación de uno de los brazos, el arreglo de los deterioros de la cabeza por la colocación de las coronas metálicas, la recuperación del color originario de la túnica, arreglo de descascarillados, dorados, y el saneamiento anticarcoma.

El otro patrono, San Esteban, que carecía de la correspondiente imagen por pérdida de la original, recientemente mereció que se erigiese otra en su honor, de unos 60 cms de altura, obra del artista autodidacta de la localidad, Luis Abad.



Ermita de la Virgen del Moral s. XVIII (Foto A. Alcañiz).

Situado en la cima del cerro de su nombre, la ermita de San Esteban parece que se construyó en el siglo XVIII, aunque con el tiempo acabó semiderruida siendo, al parecer, desvalijada su imaginería. Restaurada en 1993, se bendijo solemnemente el 4 de junio del año siguiente por D. Antonio Algora, obispo de Teruel. Las obras se llevaron a cabo en buena parte por el sistema de peonada en el que hubo una importante participación popular de los vecinos. Asimismo, se acondicionó el camino que facilita su acceso para la subida de vehículos. Destacar que apenas ha merecido la atención en los inventarios artísticos más conocidos.

En la partida de El Molino, en el camino de Fuentes Claras, se halla la ermita de la Virgen del Moral, patrona de la localidad. Construida también en el siglo XVIII, es de planta única en cruz latina, que tiene anexa la casa del ermitaño recientemente acondicionada. Toma el nombre de un gran moral que hay en las inmediaciones. Ambas ermitas son objeto de romerías en días señalados.

Destacar asimismo los diferentes peirones diseminados por el término, como el de la Virgen del Pilar a la entrada del pueblo y cercano a la ermita anterior, junto al que se levanta un pequeño recuerdo a los muertos en la pasada contienda civil. También el peirón de San Miguel, desde donde el primer domingo de mayo se efectúa la bendición de los términos, y a donde se acude en procesión de rogativas ad *petendam lluviam* en las épocas de sequía. Ambos peirones, como el de San



Mojón de Valdellosa, en la cumbre de este cerro. También conocido como Peirón de los Soldados (Foto Chesús Anchel de Jaime Lorén, año 1972).

Pascual, se hallan de momento en buen estado de conservación, cosa que no ocurre con el de San Antonio de Padua, que hoy ofrece un aspecto menos cuidado.

Mención aparte merece el peirón de los Soldados en la cima del monte de Valdellosa, que se supone construido en memoria de los caídos en las guerras del pasado. Es una formidable construcción formada por tres cuerpos concéntricos de planta circular que sobrepasa los 3'50 metros de altura.

De entre las construcciones civiles, además del antiguo lavadero de lanas ya mencionado, la llamada "Hacienda del Señorito", el desaparecido horno, el poco cuidado lavadero popular que ha motivado la creación de uno nuevo que, al parecer, presenta la curiosidad de tener el agua fresca durante el verano, y más bien templada durante el invierno. El molino harinero, que durante los años centrales de la centuria se transformó en un generador de corriente eléctrica que facilitaba el alumbrado público a El Poyo, Bello y Tornos, recientemente está siendo objeto de restauración



Molino Harinero, objeto de reciente restauración (Foto A. Alcañiz).

por su nuevo propietario. La Fuente Nueva de la plaza, levantada con motivo de la instalación de agua corriente en los hogares, la Fuente Vieja de frente a la iglesia, que luce un escudo de armas, posiblemente de quien la donase a la población.

La edificación solariega más interesante es la llamada Casa de los Benedictos, del siglo XVII y ubicada junto a la iglesia, es de estilo aragonés con aleros de madera decorada. Además de los bellos palomares que destacan sobre el perfil urbano.

HIJOS ILUSTRES

No parece muy extensa la nómina de personalidades destacadas de El Poyo, lo que sin duda se deberá a un déficit en este tipo de investigaciones, dada la condición laboriosa y emprendedora que los caracteriza. De todas formas podemos recordar a la familia del Rey, que explotó el lavadero de lanas y ejerció una notable influencia en la vida económica de la zona durante los siglos XVII y XVIII; los Alba, cuyo apellido derivó con el tiempo a Álava y que figuran en los recuentos de infanzones del siglo XVIII en la Comunidad de Daroca, así en el de 1737 aparecen: Cayetano del Rey, Francisco del Alba, Juan del Alba, Joseph del Alba Berna, Joseph del Alba Polo y Juan del Alba Ximeno; luego en el de 1787 encontramos Juan Ramón del Rey, los

hermanos Francisco y Joseph Fernández de Álaba y Polo, Simón Fernández de Álaba y Francisco López.

Sin embargo, El Poyo del Cid aparece ligado al nombre de uno de los más importantes representantes de los orígenes del republicanismo español, nos estamos refiriendo a Víctor Santos Pruneda Soriano, nacido en El Ferrol en 1810, los azares de la vida lo llevaron en plena juventud a esta localidad a orillas del Jiloca donde, entre 1828 y 1835, ejerció como maestro y secretario, casando con Teresa Martín, natural de El Poyo, donde asimismo parece que nació su hijo Pedro Pruneda en 1830, que, como el padre, abrazó la causa republicana, se dedicó al periodismo y al cultivo de la historia, aunque falleció en plena madurez creativa, en 1869. Víctor Pruneda no lo haría, hasta 1882, en la ciudad de Teruel de la que fue alcalde y por la que fue elegido representante en cortes.

La encuesta realizada sobre el terreno nos ha permitido conocer otros personajes interesantes, como algunos miembros de la familia Beltrán que participaron como accionistas y como trabajadores en las minas de hierro de la localidad; la familia de Alfonso Sánchez, varios de cuyos miembros han destacado en el campo de la religión y de la política; o la familia Palacios que supo ganarse el aprecio de los convecinos. A título individual, señalar al P. Raúl F. Simón Pina, nacido en la localidad en 1929, terciario capuchino, de carácter amable y bondadoso que reside actualmente en Godella (Valencia), desde donde procura escaparse los veranos para pasar unos días con los suyos en El Poyo. Algo parecido sucede con el P. Vicente Domingo Cebrián, provincial de la orden del Corazón de María, que ha ejercido como misionero y visitador de la orden en India y diversos países de América del Sur. Y no queremos concluir este capítulo sin recordar a un viejo amigo, Ciriaco Soler, sacerdote y hoy profesor del colegio de Las Viñas de Teruel.

FIESTAS, COSTUMBRES, GASTRONOMÍA

Las fiestas patronales en honor de la Virgen del Moral tradicionalmente se venían realizando para el 8 de septiembre, sin embargo recientemente se ha trasladado la celebración a la última semana del mes de agosto para facilitar la presencia de los hijos ausentes del pueblo. Antaño tenían lugar carreras pedestres, cucañas varias, la enjabonada que consistía en atravesar descaltos una viga de madera bien enjabonada que cruzaba de parte a parte el río, ni que decir tiene el jolgorio que se producía con las caídas y los chapuzones. También se recuerda la vuelta que se daba por el pueblo cuando llegaban los músicos, cuya llegada era esperada por todo el mundo en la plaza. Sin embargo se conserva la fraternal comida de fin de fiestas de todos los vecinos y visitantes.

Con menos intensidad que antaño se celebra todavía la fiesta de Santa Lucía con una gran hoguera en la plaza, donde se preparan diversas viandas, entre ellas el típico puchero a base de higos en vino, que compartían todos los vecinos. Para San Antón y San Blas se hacen también pequeñas hogueras en determinados barrios y, dado el carácter agrícola de la población, San Isidro se festeja con la correspondiente procesión y algunos concursos de destreza agrícola que se cierran con un vermouth vecinal.



Peirón de San Miguel (Foto A. Alcañiz).



Peirón de San Pascual (Foto A. Alcañiz).



Peirón de San Antonio (Foto A. Alcañiz).



Peirón Virgen del Pilar (Foto M.^a C. Layunta).

De las antiguas celebraciones del día de la Santa Cruz de Mayo, sólo queda la procesión al peirón de San Miguel para la bendición de los términos. Últimamente ganan en importancia los festejos de la asociación de amas de casa para celebrar a Santa Águeda, en los que toman por un día el bastón de mando de la localidad. Aún se recuerdan las picardías de la *enramada* de San Juan, la iglesia se llenaba de flores especialmente en la portada; la *sanjuanada* que consistía en lavarse la cara en el río de madrugada; o el poner zancarrones, esqueletos de caballos, machos o asnos, de noche en los portales donde vivían las mozas menos agraciadas, con el consiguiente disgusto y comentario general. Todavía hoy, este mismo día de San Juan, los quintos plantan en la plaza un gran árbol que es retirado el día de Santiago.

Pero donde de verdad se ponía de manifiesto el ingenio del vecindario era en los carnavales que antecedian a la cuaresma. Como en otras localidades de la contornada, era típico El Cagarrutero, figura carnal con la cara tapada, vestida de harapos y de grandes esquilas, que era el terror de chicos y mayores durante todas las celebraciones carnavaleras, en las que todo el mundo se echaba a la calle derrochando, con sus ocurrencias y gracias, ingenio y simpatía. Eran típicos los desayunos de chocolate con buñuelos, las meriendas a base de longaniza asada de la conserva casera que se daba en proporción al palmo de la mano, y las cenas de conejos asados. Entre las bromas destacaba la *peleta*, que consistía en manchar la cara a las jóvenes con una piel de cordero embadurnada de sebo de carro, que algunos desaprensivos podían llegar a añadirle vidrios con el resultado que es fácil imaginar.

Asimismo era tradicional en la festividad de San Antonio de Padua llevar a pastar a la dula, en la partida de Las Cabezadas, a los machos, burros y otros animales de carga y laboreo, aprovechando el día sus dueños para realizar una comida campera. Los tiempos han cambiado, y ya no se ven ir y venir a las mujeres al horno con la cesta de pan amasado sobre la cabeza; la fabricación en agosto de las pezas; los trabajos del agramado del cáñamo que se secaba luego en hornos particulares para llevarlo a continuación a la fuente de La Navaza, donde se lavaba y tendía al sol en los campos próximos, para volver a lavarlo de nuevo y dejarlo dispuesto para el tejido de cálidos lienzos que, una vez lavados con ceniza blanqueadora, quedaban dispuestos para afrontar los duros inviernos de la zona.

También ha pasado al recuerdo la cencerrada que se hacía cuando se casaba algún viudo, en que se hacían sonar ruidosamente esquilas y cencerros, se quemaba alguna albarda vieja y se decían dichos picantes alusivos a los recién casados; las parcelas de tierra con que el ayuntamiento podía obsequiar a los forasteros que se casaban con alguien del pueblo cuando se quedaban a residir allí, parcelas que volvían a la propiedad municipal al fallecer los usufructuarios; la segunda, o pequeña fiesta familiar que daban los padres de los novios al hacerse pública la segunda amonestación de boda, en que las visitas y felicitaciones de familiares y vecinos se correspondían con un pequeño refrigerio que daban los padres de los contrayentes por separado cada uno en su casa.

En cuanto a la gastronomía, destacar el plato de Cordero a la Pastora al estilo de El Poyo del Cid, pues con tal nombre se recoge nada menos que en la *Enciclopedia de la cocina aragonesa*, que fue incluido en el menú del Día de Aragón celebrado en

Calamocha en 1990. Luego, como no, todos los derivados de la tradicional matacía del cerdo, sobre todo las tajadas de papada que se comen el día del sacrificio del animal, o el estofado con hueso de cerdo que asimismo se degusta durante los días del mondongo. Las farinetas o gachas de maíz se comían antaño los días de nevada, mientras que las migas se reservaban especialmente para la primavera y durante el esquileo de los rebaños de ovejas.

ROMERÍAS

Cuenta el P. Faci al ocuparse de la Virgen del Moral de El Poyo, que era objeto de veneración por parte de varios pueblos de la contornada. En la actualidad tan sólo Navarrete del Río visita en romería su ermita el domingo más próximo al 9 de mayo, durante la cual entonan los cánticos de "Clara Estrella" con versos sencillos y tiernos como demuestran estas dos estrofas de la despedida:

"... Clara Estrella, Madre nuestra,
Virgen Santa del Moral,
llénanos de bendiciones
que nos vamos a marchar ...



Llegada en procesión a la ermita (Foto M.^a C. Layunta).



"Cortesías" (Foto M.^a C. Layunta).

... Adiós Reina esclarecida,
adiós Virgen del Moral,
que los fieles de esta ermita
su corazón dejarán ..."

Tras los actos religiosos, se vive una jornada de confraternidad vecinal. Desde 1995, coincidiendo con la restauración de la ermita de San Esteban, se ha recuperado la romería a la misma, que tiene lugar el primer domingo de junio, se oye la Santa Misa con la correspondiente comida de hermandad entre peñas y vecinos. Por la tarde se vuelve en procesión, bandeando los mozos a su finalización las campanas de la iglesia parroquial.



Penitentes portando la cruz (M.^a C. Layunta).

El tercer domingo de mayo los vecinos de El Poyo realizan una nueva romería, esta vez a la ermita del Santo Cristo del Arrabal de Calamocha, siendo los encargados de organizarla los penitentes de la Hermandad de la Sangre de Cristo, conocidos popularmente como los *curitos*, con su hábito procesional negro. Salen estos cofrades en ordenada procesión hasta el límite del término con la Cruz, la imagen de la Dolorosa y el pendón negro de la Hermandad. Luego, en vehículos particulares, llegan hasta las inmediaciones de la ermita calamochina, a la que acceden de uno en uno, separados unos cinco metros, solemnes con su túnica negra que les tapa la cara, llevando las mismas imágenes y el pendón representativo. Una vez dentro de la capilla del Santo Cristo, se destapan el rostro, entonan las oraciones de rigor, y abandonan entonces la misma con toda solemnidad de cara al altar y de espaldas a la puerta. Ya fuera, con el mismo orden de la llegada marchan hasta el límite del término de Calamocha. En todos estos actos van acompañados con la Banda de Tambores y Cornetas de la Cofradía del Santo Cristo de Calamocha, y, desde hace una década, participan en la misma tanto hombres como mujeres, cuando hasta entonces sólo intervenían los hombres.

De regreso ya a El Poyo, los dos cofrades responsables del gasto obsequian a todos los participantes con un refrigerio, reanudándose la procesión con la salida a su encuentro, de vuelta al pueblo, con el sacerdote que va acompañado de algunas imágenes de la iglesia y del resto de fieles. Tienen lugar entonces las cortesías de las

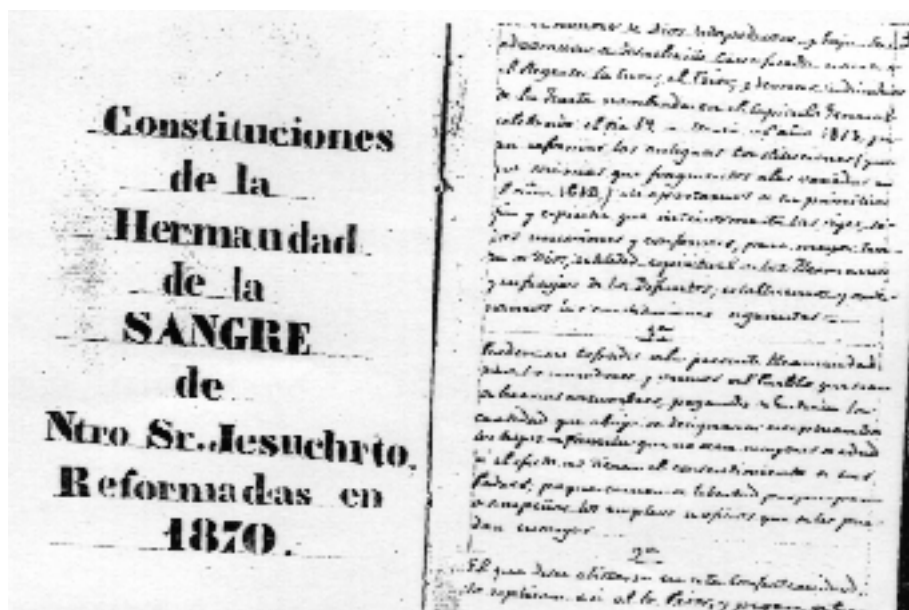


Acompañando al pendón (M.^a C. Layunta).

banderas roja y blanca al pendón negro de la cofradía. Los penitentes entran en la iglesia de uno en uno, en medio de un respetuoso silencio, de mayor a menor antigüedad. En la procesión del Santo Entierro del Viernes Santo de Calamocha, interviene esta misma cofradía acompañando a la del Santo Cristo de Calamocha con la que mantiene un antiguo y estrecho hermanamiento.

LA HERMANDAD DE LA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

“En nombre de Dios todopoderoso, y bajo la advocación de Jesuchristo crucificado, nosotros, el Regente, el Cura, el Prior y demás individuos de la Junta nombrada en el Capítulo General celebrado el día 19 de mayo del año 1871, para reformar las



Primera página del libro *Constituciones de la Hermandad*, año 1870.



Primer acta firmada del libro de *Constituciones de la Hermandad*.

antiguas Constituciones, que no son mas que fragmentos a las variadas en el año 1612, sin apartarnos de su primitivo fin y espíritu ...” Así comienza el libro que hoy se conserva en El Poyo sobre las *Constituciones de la Hermandad de la Sangre de Nuestro Señor Jesuchristo*, que nos da una idea de la antigüedad de esta cofradía, así como de las constituidas bajo la misma advocación para los demás pueblos de la comarca. Por otra parte, en el archivo diocesano de Teruel se guardan dos libros de cuentas de la misma hermandad, con anotaciones desde 1711, pero que a no dudar debieron existir otros anteriores hoy no localizados.

La citada romería de los penitentes o curitos a la ermita del Santo Cristo de Calamocha, muestra el cariño y el respeto con que guardan los vecinos de El Poyo sus costumbres y tradiciones. El libro de cuentas actual está perfectamente al día en sus anotaciones de ingresos, recaudación de la bandeja el día de la romería, así como las cuotas de los cofrades; lo mismo en cuanto a los gastos ordinarios de los honorarios del sacerdote, fiesta de la romería y cera para los entierros, como extraordinarios del tipo de confección de túnicas para los hermanos (1982), un manto para la Virgen (1992), bancos para la ermita de Calamocha (1996), y la restauración de la imagen del Cristo (1998).

En la actualidad la hermandad está compuesta por ochenta y cinco cofrades y cinco viudas, cifra muy respetable para los habitantes de la localidad, la Junta de la misma la forman el párroco, el prior, los priores de los dos años anteriores, y tres vocales. Entre sus fines figura el fomentar la hermandad entre los miembros por medio de sufragios a los difuntos y la caridad con enfermos y necesitados. A diferencia de otras cofradías similares, la de El Poyo carece de tierras de su propiedad.

Entre las obligaciones que tienen está la organización de las procesiones del Domingo de Ramos, de Pentecostés, que hacen coincidir con la romería del tercer domingo de mayo, del Santo Entierro del Viernes Santo, de la Bendición de los Términos, el primer domingo de mayo, la Exaltación de la Cruz de mayo con misa por los cofrades difuntos, el 14 de septiembre en que se cierra el ejercicio anual. Ello sin contar el preceptivo acompañamiento en los funerales por los hermanos fallecidos en que, como el resto de actividades, van acompañados del crucifijo de la cofradía. Entre los cargos que se asignan figura el prior, listero, agarradores en los entierros, portadores de las imágenes del Cristo Crucificado y de la Virgen Dolorosa, del pendón y dos alumbradores por cada portador.

Tradicionalmente, la procesión de Pentecostés a la ermita del Santo Cristo de Calamocha se efectuaba el viernes siguiente al segundo domingo de mayo, hasta la que tuvo lugar el 19 de mayo de 1978, que a la vuelta de la ermita, durante el refresco en La Navaza, por unanimidad de los 44 hermanos presentes se *acordó pasar para años sucesivos esta celebración al tercer domingo de mayo*. Ese mismo año, el 12 de abril, la cofradía recibió la visita del obispo de Teruel D. Damián Iguacén.

Antaño debió de existir también la cofradía de la Virgen del Rosario, según informaciones que obran en el archivo diocesano de Teruel, donde se conserva un libro de cuentas con anotaciones desde el año 1600 al 1749, de la que no queda recuerdo en la actualidad.



Pinturas que recuerdan un hecho milagroso (Foto A. Alcañiz).

LEYENDAS Y PERSONAJES POPULARES

En la memoria colectiva que conservan todavía las personas mayores, aparecen recuerdos y vivencias de antaño que, creemos, vale la pena evocar aquí. Como por ejemplo, los tiempos en que el edificio del lavadero y el del molino servían de lugar de encuentro para comentar antiguas leyendas de sucedidos diversos, cuentos de brujas o de apariciones de ánimas. Especialmente coincidiendo con Todos Santos, en que acudían muchos vecinos, cada uno con su silla, para esbrinar azafrán, mientras el rentero y Rafael Fortón, el último Señorito, convidaban a merendar a los presentes. De fondo, como si de un cuento de terror se tratara, sonaba el lento y monótono doblar de las campanas y campanicos de las iglesias vecinas tocando a difuntos. La vuelta al pueblo, de noche cerrada, después de contar tan siniestras historias, era todo un ejercicio de valentía, cualquier sombra o movimiento de árboles por el viento originaba las más diversas visiones y sembraba la inquietud entre la concurrencia. Por eso se volvía mas deprisa que una zorra que cría a siete.

Como en otros lugares, en El Poyo también tienen su milagro. En la ermita de la Virgen del Moral hay dos pinturas que recuerdan el hecho milagroso del niño que cayó en la turbina del molino saliendo ileso del lance. Las pinturas fueron obsequio de la familia del niño y, si bien carecen de gran valor artístico, es de apreciar la piedad y devoción que manifiestan; en las mismas se representa respectivamente, el momento de la caída y la salida del niño ileso de las aguas, con la siguientes inscripción: El día 10 de septiembre de 1885 en el molino de El Poyo, cayó el niño Pascual Gil Garatechea, de siete años de edad, por una turbina, saliendo solo por el otro extremo, nada más que con una cortada en la nariz, y sus padres le ofrecieron a Nuestra Señora del Moral.

Este feliz suceso contrasta con otro de trágico desenlace que dejó honda huella en la memoria de los vecinos de El Poyo. Tuvo lugar en los primeros años del presente siglo el día de la fiesta de San Juan, mientras tenían lugar los oficios religiosos desapareció un muchacho de corta edad de la familia Chopo de la localidad. Como es de suponer, rápidamente se movilizó todo el pueblo en su búsqueda, que se extendió durante varias semanas sin el menor resultado, ante el misterio de todos y la desesperación de su familia; hasta que un buen día ya en el mes de septiembre, dos pastores encontraron semienterrado su cadáver en un lugar del monte desde entonces conocido como el Peñascal del Chico Chopo. A causa de los acontecimientos, el padre de la criatura quedó mudo para siempre. Muchos años después, un carretero de Tornos, hallándose en el umbral de la muerte, confesó haber atropellado al niño con su carro y haber enterrado su cuerpo, de lo que se arrepentía y pedía perdón.

A mediados de siglo, el niño que se perdió esta vez era de Tornos, en su búsqueda intervino toda la contornada y, finalmente, fue encontrado por los de El Poyo que salvaron así su vida. Como reconocimiento el Gobierno Civil les concedió la gracia que solicitaron de añadir el complemento del Cid a la denominación del pueblo.

No faltan personajes curiosos y simpáticos cuyo recuerdo pervive aún en la memoria popular, generalmente caracterizados por su sencillez y simpatía que gustaban mantener vivas las tradiciones del pueblo. Veamos algunos de ellos.

Lorenza Abad, *la tía Chopá*, alegre y dicharachera, conocedora de un sinfín de refranes y de cuentos, de quien aún se recuerdan los chochetes de la tía Chopá, que eran pastas originales de fabricación propia con las que obsequiaba a amigos y visitantes.

Vicenta Hernández, *la Navarretina*, popular personaje que en los carnavales andaba de juerga continua los tres días que duraban, llevando siempre detrás a toda la chiquillería del pueblo con la que alternaba como un crío más. Buena cantadora, dichera, alegre y con pocos prejuicios para la época.

Francisco Pamplona, personalidad original y pintoresca que acostumbraba a tocar un tambor que se había hecho con una lata metálica. Acompañaba a todos los entierros y a la vuelta se traía el carro que transportaba el ataúd. Gustaba de pasar buenos ratos en la plaza saludando a los visitantes, a quienes pedía con desenfado algún que otro pitillo que llevarse a los labios. Se recuerda de él el susto que dio a su familia y a todo el pueblo al desaparecer un buen día, tras buscarlo infructuosamente sin el menor resultado, al día siguiente apareció tan campante en Villalba de los Morales, donde había pasado la noche en casa de un pariente.

Francisco Calvo, *el Sacristán*, pues tal menester desempeñó durante largos años, como el de acompañar a los muertos en los entierros, tocar las campanas en todas las celebraciones con una cadencia muy especial, pedir a los vecinos por las almas del purgatorio o para las necesidades de la iglesia, comprar cera para la misma, entre otras muchas ocupaciones singulares, como la de sacar por su cuenta y riesgo imágenes de santos o de vírgenes a la puerta de la iglesia en los días de fuertes tormentas. Por todo ello no era raro que, de vez en cuando, fuese agasajado con algún que otro plato de viandas.

Salvador, *el tío Che*, así llamado seguramente por su origen levantino, lo que no le impidió gozar en El Poyo de todo el cariño de sus moradores. Campechano como nadie, recorría incansable los pueblos de la comarca con su carrito cargado de dulces y golosinas, con sus ribetes también de titiritero; todo con tal de ganarse la atención y la voluntad de la chiquillería, a la que animaba a participar en los juegos de chapas, cartas o cucañas, en especial el conocido como del hilillo, que todavía algunos recuerdan.

Nicolás Simón, *el Alguacil*, naturalmente, porque hablamos del subalterno municipal, pregonero oficial y encargado de mantener el orden en El Poyo. El último que detentó tal cargo en la localidad. No se olvidan sus recorridos calle por calle con su trompetilla al hombro, para pararse en las esquinas estratégicas, y, tras el correspondiente trompetazo, pregonar la venta de productos de lo más variado, los bandos del municipio, o cualquiera de los sucesos de interés informativo para los vecinos. Tras su jubilación, y para no perder del todo tan saludable costumbre, todavía durante un par de años más su mujer, Vicenta, se encargó de hacer las veces de pregonera.

Por último no queremos olvidar a los componentes de la orquesta Los Cid, formada con varios miembros de la localidad allá por los años cincuenta, y a cuyos acordes hemos bailado en fiestas y charangas por todos los pueblos de la comarca. Todavía se mantienen en activo, ahora con el sonoro nombre de Los Riber, sin duda en honor

a nuestra ribera del Jiloca, y que son todo un símbolo del carácter alegre y festivo de los vecinos de El Poyo del Cid.

Agradecimientos: A mosén Emilio Bujeda, amante de la historia de nuestros pueblos, atento y complaciente a todos nuestros requerimientos, al alcalde pedáneo Santiago Escura, a su esposa Lola Lázaro, a Felipe Escura, conocedor como pocos de las cosas de su pueblo, a Milagros Polo, Pepe Soler, también a la familia Layunta –Indalecio, Carmen, Purificación y Fortunato-, y a la simpática y habladora Juliana Pamplona. A todos, de verdad, muchas gracias.



Antiguo lavadero poco antes de su demolición. Navidad 1994 (Foto M.^a C. Layunta).